

# ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS



Xavier Rubert de Ventós, con Castellet (foto de archivo).

## LIBROS

### Oficio de filósofo

IGNACIO SOTELO

**P**REGUNTARSE por las razones últimas de su quehacer —aquellas que sobrepasan, aunque incluyan, la subjetividad contingente— es propio de la labor del filósofo. Cuanto más radical se cuestione como sujeto pensante —desde Descartes, la filosofía intenta salir del cogito, volviendo continuamente a él como punto de partida—, más cabalmente cumple con su oficio. No cabe que el filósofo un buen día se desdoble y se mire desde fuera, porque este desdoblamiento, en un dentro y un fuera, viene implícito en su tarea: la filosofía brota de la inserción de lo subjetivo con lo objetivo, de mi conciencia corporal y encarnada con el mundo. El filósofo contempla siempre lo que hace desde fuera, buscando un fundamento que rebase su subjetividad, si no identifica la subjetividad con la realidad misma: no olvidemos al

idealismo como posibilidad o tentación continua.

Xavier Rubert de Ventós, filósofo de profesión, ha tenido el atrevimiento que el lector agradece, de publicar los apuntes y notas, escritos en una Semana Santa en la que se aisló para el trabajo, en los que, cuestionándose a medias, cuestiona el libro "serio" que se ha recluso a escribir (1). Extraña, a primera vista, que el filósofo se contemple y contemple su hacer desde fuera —operación cabalmente filosófica— sin que surja un ensayo rigurosamente filosófico. Si pensar las premisas y el sentido de lo que está haciendo —en último término, pensar— es lo propio del oficio, ¿cómo resulta verosímil que la obra "seria" sea la

(1) Xavier Rubert de Ventós, Oficio de Semana Santa. Editorial Kairós. Barcelona, 1979.

pretendida y no la que se impone por la insistencia no controlada de ideas que le pasan, esfumándose y reapareciendo, antes que logre clavarlas, cual mariposas muertas, en su colección de saber ordenado? Pero, ¿acaso no son "filosofía" estas páginas brillantes, nacidas a borbotones, con la espontaneidad de lo vivo, y como tal, con un carácter fragmentario y aforístico? Frente a la filosofía-sistema, desde Nietzsche, para no buscar antecedentes fuera del mundo contemporáneo, existe la filosofía-aforismo, cuyo último gran maestro fue Adorno.

La filosofía-sistema —la última muestra, todavía coleando, es la hegeliano-marxista— desemboca en un discurso universal que, como la moneda de curso legal, llena todos los bolsillos y sirve para cualquier fin. Lo común es escribir en un contexto dado de significaciones y para un público que no perdona que se pongan en tela de juicio sus postulados básicos. Si llamamos ideologías a esas urdimbres de conceptos fijos y de evidencias sobrentendidas, pensar es, en primer término, un ejercicio contra las ideologías, sobre todo contra aquella en la que nos hallamos instalados. Pensar es esa operación, tan dolorosa como sorprendente, que estrangula lo obvio, es decir, lo socialmente indiscutible; es siempre un acto de ruptura con los demás y con nosotros mismos.

Hace falta algún coraje para

quedarse tan solo, frágil y desamparado. El pensamiento nos remite a una angustiosa soledad, de la que nos apresuramos a salir, comunicándolo a los demás. En este sentido, todo pensamiento aísla, pero también azuza a la comunicación: en la radical soledad del pensador es donde la presencia del otro se hace más palpable. Pensar es diálogo, y no hay diálogo ni dialéctica sin interlocutor. Pensamos porque rompemos con lo pensado, con lo otro, para intentar llegar al otro.

Rubert de Ventós se descubre rompiendo con las ideologías —las "autopistas interiores" las llama—, con los caminos trillados, por los que es fácil deslizarse, sabiendo de antemano a dónde se llega y cuál será el recibimiento. Roza el pensamiento —las ideas no integrables que se imponen contra nuestra voluntad— y se estremece. En vez de pelear con ellas, como corresponde a su oficio, prefiere anotar su presencia, las sensaciones corporales que conllevan, la desazón que dejan cuando se evaporan sin dejar rastro aparente. "En el límite, siempre siento que me abandonan las fuerzas", escribe, cuando sabe que la filosofía es cuestión que se debate en el límite: entre las ideas adquiridas y el coraje de su negación, entre lo corporal y lo cultural, entre mi subjetividad y el mundo, entre la vida y la muerte.

Si no tiene sentido mantenerse en la jerga de segunda mano, que es el ensayo filosófico en un país subdesarrollado, y envidia "al escritor clásico, que sabe detener el pensamiento justo un poco antes de sus límites", no queda más que ser "razonable" en el arte y en la vida. En este texto, "razonable" parece querer significar conformarse con nuestros límites —personales y socio-culturales—, sacando de ellos el mejor partido. Lo malo es que en un texto anterior, llama al "sistema de gestión social" en que vivimos "tan razonable y bien armado en el que podamos ya rebelarnos contra la nada" y, por consiguiente, "la gran tentación es rebelarse, teóricamente por lo menos, contra todo". Las formas decimonónicas de revuelta —el anarquismo, el nihilismo y el irracionalismo— están ya per-



fectamente integradas en el sistema, forman parte de él, y en consecuencia, "son ya, hoy, demasiado razonables". Razonable es lo ya integrado, y comprensiblemente se rechaza; razonable significa también conformarse con nuestros "límites" —no hay más cera que la que arde—, intentando aprovecharlos para montar nuestras vidas como una obra de arte, armoniosa, reflexiva, centrada en sí misma.

La distinción entre racional y razonable hubiera privado a Rubert de algunas paradojas brillantes, pero también de ciertas aporías innecesarias. Pero no tiene sentido exigir un cierto rigor a un pensamiento que se quiere en la forma espontánea en que brota, sin mayor elaboración. Justamente, esta manifiesta falta de rigor que ponen de relieve las páginas que comentamos parece caracterizar a la "nueva filosofía" española: en el fondo, lo que se rechaza con la crítica pertinente de los sistemas y de las jergas profesionales es la filosofía misma. Su intención, confesada o latente, es convertir a los temas filosóficos en literatura. Esto, por lo menos, parece subyacer en sus representantes más conspicuos, Sabater y Rubert de Ventós.

No se lea una valoración en lo que es una simple constatación. Ante las obras clásicas de la literatura o de la filosofía, difícilmente pueda establecerse una jerarquía, lo que sí cabe, y además resulta imprescindible, es distinguirlas, aunque exista una zona gris intermedia de conexión entre ambas: el caso más palpable que se me ocurre es Rousseau. Ahora bien, al filósofo concierne el pensar estas relaciones, así como las razones de que en una época determinada predomine la literatura o la filosofía.

"A mí lo único que de verdad me atrae es entender lo particular o ver lo general: lo segundo nos lo enseñaron los griegos, pero lo hemos olvidado, lo primero todavía tenemos que aprenderlo". Rubert sabe que es una pretensión imposible, porque "lo que pensamos no se deja ver, pero es que lo que vemos tampoco se deja pensar". El punto de conexión entre visión y pensamiento es precisamente el lenguaje. Si vinculamos la expresión de lo particular con la literatura y de lo general con la filosofía —podría ser una manera de arrancar—, sorprende que Rubert pre-

tenda unir la acción intelectual, el entender, con lo particular, mientras que siguiendo a los griegos, conecte lo general con la visión, es decir, la teoría. Se ve lo general, se ha de entender, en cambio, lo particular, porque, al parecer, no bastaría con describirlo con palabras, es decir, con hacer literatura. ¿Acaso hay un modo de entendimiento que no corresponda a la visión?; si lo hay, ¿cabe aplicarlo a lo particular?

En toda esta problemática, eminentemente filosófica, está palpitando la cuestión clave de distinguir entre filosofía y literatura, sin que la una arrumbe a la otra. En su expresión más pura, no cabe duda de que se niegan: ambas pretenden, por distintos caminos, la expresión de lo particular-general, y ambas dejan constancia de su impotencia. Pero la negación es complementaria, de modo que lo que dice el poeta es el objeto inefable que pretende pensar el filósofo. Se

comprende que en las épocas de crisis —fin del mundo homérico, indudablemente nuestro tiempo— predomine la poesía. El mito, cuya expresión es siempre literaria, termina por pulverizar el pensamiento encadenado de las escuelas. El problema de la relación de la filosofía con la literatura adquiere una importancia crucial cuando la filosofía, congelada en su propio saber especializado, tiene que renacer, una vez más, de sus cenizas. Lo grave de la filosofía aforística, que es la primera forma de este renacimiento, es que levanta liebres sin matar ninguna.

Una observación final. Lo inadmisiblemente literaria y filosóficamente es la universalización de la propia neurosis como forma de conocimiento. La neurosis personal podrá ser fuente de pensamiento o de literatura, pero alcanza su meta cuando el resultado no se confunde con su génesis. Afirmar que "el pensamiento y la cultura se basan en la frialdad,

se levantan sobre el egoísmo y se mantienen a fuerza de narcisismo", podrá servir para aligerar la propia neurosis —que se define, precisamente, por la incapacidad de salir del narcisismo infantil—, pero difícilmente se sostiene como pilar básico de una filosofía de la historia o de la cultura. ■ I. S.

## La física más actual

EL centenario del nacimiento de Einstein en España, como en todo el mundo civilizado, una justa resonancia con amplísimo despliegue de actos académicos y recensiones conmemorativas en los medios de comunicación. Esto me parece excelente, aunque se detecta un exceso de entusiasmo de tipo hagiográfico, que es poco científico y, por lo tanto, no ayuda ni a orientar al público ni a difundir las reales posi-

## 1879-1979 Arteta, un centenario olvidado

"Era era la casa que me prohibí tocar y a la que llevé, para el regocijo de mis ojos, un cuadro de Aurelio Arteta, que el pintor había dejado en depósito".  
JULIAN ZUGAZAGOITIA ("Guerra y vicisitudes de los españoles")

**N**O es la única vez que el periodista, y ocasional ministro de Gobernación en el gobierno Negrín, habla en sus memorias del pintor. En otra ocasión dice: "procuraba ayudarle a mi sucesor en el periódico mandándole crónicas y dibujos que sonsacaba a Arteta".

Los dos vascos —el pintor de "Victimas del mar" y el antiguo director de "El Socialista"— estaban en aquella Valencia, playa primera de la larga marea republicana en la guerra civil. Ambos pasarían a Francia, con distinta suerte. El infortunado Zugazagoitia fue entregado por la Gestapo y fusilado en España. Arteta embarcaba para México en el vapor "Sinaia". Allí trabaja (retrató a la mujer de D. Lázaro Cárdenas) y allí muere muy pronto: un choque del tranvía donde viajaba el domingo 10 de noviembre de 1940.

Nació el 3 de diciembre de 1879, hace un siglo. El suyo ha sido un centenario olvidado. El

Banco de Bilbao le dedicó en su sede madrileña una exposición en mayo-junio de 1973 (el vasco pintó al fresco la rotonda del edificio que hiciera el arquitecto Bastida) y entonces editó un excelente catálogo. Por cierto que entre las obras expuestas figuraba una perteneciente a la (al decir de quienes la conocen)

Aurelio Arteta (autorretrato).



muy buena colección del Sr. Rodríguez Sahagún, actual ministro de Defensa: El "cho". En el Museo Español de Arte Contemporáneo (Madrid) hay dos cuadros suyos: "Los hombres de la mar", 1932, y "Bañistas", 1935.

Al recordar ahora el centenario de Arteta (maestro de la pintura vasca, gran muralista y representante del llamado realismo crítico en la pintura de la República) no quisiera uno contar su vida y obra (pues el castigo del lector aficionado al arte corresponde a los críticos del ramo), sino recordárselo al Partido Socialista Obrero Español, un tanto magro —hasta ahora y mientras no demuestre lo contrario— en cuestiones culturales. Yo pediría a tan importante partido que se portara con el ilustrador de sus publicaciones, con el amigo de Prieto y Zugazagoitia, la mitad de bien que lo hiciera el Banco de Bilbao, entidad que imagino más proclive a las finanzas que al socialismo. ■ V. M. R.